

## PACIFISMO (AL MEDIO SIGLO DE NUESTRO 36)

La paz, todos lo sabemos, es un gran bien, pero que presupone la posibilidad de la guerra, pues consiste, precisamente, en una superación de ésta. De la misma manera que no se puede practicar el consejo santo de amar al enemigo si no hay enemigo, así, también, si excluimos la realidad de la guerra, tampoco podemos contar con el gozo de la paz. La paz debe superar la guerra como el silencio supera las palabras, pues guardar silencio no es lo mismo que ser mudo. Y ahí está, justamente, la diferencia entre el hombre pacífico, que se abstiene o deja de hacer una guerra posible, y el pacifista, que niega toda posibilidad de ella: el pacifista no es aquel que sabe guardar silencio, sino el que reduce a mudez.

Con todo, el pacifismo es incapaz de excluir la realidad de la guerra, pues ésta, aunque pueda ser indeseable, es ineliminable de manera absoluta como último recurso en caso de necesidad, a modo de legítima defensa colectiva de un pueblo. De hecho, todas las proclamaciones más universales y solemnes de pacifismo, como las que abundaron hasta la saciedad después del armisticio de 1945, no han impedido que haya seguido habiendo guerras, incesantemente, en uno u otro lugar del mundo, y guerras mantenidas, más o menos directamente, por los mismos predicadores del pacifismo; entre otras razones igualmente inconfesables, porque los que siguen fabricando armas, que son, precisamente, los pacifistas, necesitan mantener su mercado. Así, el pacifismo no elimina la guerra, sino que tan sólo la envilece.

Lo que sí ha conseguido el pacifismo es eliminar todo lo relativo al tradicional «derecho de guerra», empezando por la distinción –tema constante de nuestros buenos teólogos de antaño– entre guerra justa e injusta. Y «justo» no quiere decir una vaga adecuación a unos sentimientos morales, que pueden ser a veces muy subjetivos, sino una concreta adecuación a los principios objetivos del «derecho de guerra». Por eso puede hablarse de «enemigo justo», que es aquel que puede hacer la guerra según las reglas del derecho internacional público –que es, por ello, el derecho «de la guerra y de la paz»–, a las que completan otras reglas objetivas de la teología moral.

La eliminación teórica –no fáctica, pues no es posible– de la guerra, y, al mismo tiempo, del «derecho de guerra», ha tenido como consecuencia que las guerras, sin un derecho y una moral que las rijan, sean ahora mucho más crueles e inhumanas que antes, que se haya venido a juzgar al vencido como si fuera un criminal, y, sobre todo, que proliferen las «guerras sucias», llevadas por enemigos «no-justos», desconocidos por el derecho internacional público, como ocurre con las distintas formas de «partisanismo» y también, muy especialmente, con el «terrorismo», producto típico de la ruina del «derecho de guerra», provocada por el pacifismo; de ahí, que haya llegado a decirse que el terrorismo es el precio normal de la democracia.

## **Pacifismo y terrorismo**

Hasta tal punto el pacifismo ha perturbado la recta comprensión del terrorismo por él causado, que lo ha relegado al terreno de la vulgar criminalidad, como si los terroristas fueran criminales corrientes, de los que la Policía debe perseguir y los jueces condenar. Que inútil sea este planteamiento de represión del terrorismo no requiere pruebas, pues es un hecho evidente. Pero la actual impunidad resulta insuperable en tanto no se admita que el terrorista, aunque no-justo, no es un criminal, sino un enemigo, y que, como tal, debe ser tratado, es decir, militarmente, como cualquier otro enemigo. El ya sabe que es enemigo y no criminal, y sabe comportarse como tal enemigo bélico, haciendo la guerra a su modo, es decir, sucia, pues el derecho

internacional no le reconoce como «justo enemigo» a causa de que no domina un territorio determinado, ni tiene una organización suficiente para figurar como tal enemigo, que, de hecho, sí es. Y hace su guerra con la gran ventaja de que tampoco el poder público al que combate se atreve a tratarle como enemigo, a causa de un insuperable temor de romper su imagen de pacifismo a ultranza: prefiere ser vencido por las armas a verse censurado por la tinta de la prensa internacional y los otros medios de opinión pública convenientemente manipulados por el pacifismo.

Ya desde antiguo toda la propaganda pacifista viene predicando que el recurso a la violencia de la guerra debe ser sustituido por la «negociación». Este término es, ya por sí mismo, muy elocuente. Porque, mediante «negociación», no se trata ya de ajustar convencionalmente los términos jurídicos de una paz, sino de resolver cualquier conflicto como si se tratara de un «negocio» corriente, un negocio de comerciantes. Ahora bien: siendo evidente que una resolución judicial –por ejemplo, la de un Tribunal de Justicia Internacional o la de un arbitraje–, resulta inoperante, negociar quiere decir transigir. Pero en los negocios de transacción lleva siempre las de ganar el económicamente más fuerte. Así, el sustituir la guerra por la negociación equivale a preferir el dominio del rico en vez del dominio del fuerte.

Es verdad que muchas veces –y más en el mundo supertecnificado de hoy– la mayor riqueza se traduce en mayor fuerza bélica, pero la ecuación no es del todo exacta, porque siempre subsiste un margen de imprevisibilidad por el hecho de que la fuerza bélica no consiste exclusivamente en la potencia de agresión mortífera, sino, también, en la capacidad de sacrificio personal, que puede ser mucho menor en el beligerante más rico. Porque no olvidemos que la guerra no consiste en quitar la vida al enemigo, sino, ante todo, en arriesgar la propia en defensa de una causa que se estima superior a la propia vida. Por eso se ha dicho siempre que «es dulce morir por la patria», y jamás que lo sea «matar al enemigo de la patria». Y así se explica que, aunque parezca paradójico, pero tenemos experiencia de ello, se pueda hacer la guerra sin odio, lo que ya no es tan frecuente en la lucha que suele darse entre los partidos políticos.

En todo caso, este planteamiento de resolución de conflictos como si se tratara de un negocio de comerciantes es algo muy distinto a la decisión por una victoria militar. De algún modo, la suerte insegura de una guerra, nunca calculable con perfecta exactitud, supone una como apelación a una decisión sobrehumana, en tanto la negociación se reduce a la racionalización de la ventaja del negociante prepotente y astuto; por ello mismo, el que sale perdedor de una negociación se siente más humillado moralmente, hasta el punto de que difícilmente puede abandonar la esperanza de un futuro desquite por una guerra. De hecho, casi todas las guerras se han debido a negociaciones humillantes para el vencido.

Pero, además, tampoco cabe negociación con el que no está dispuesto a negociar. Y esto es lo que olvidan los pacifistas, con peor intención que memoria, cuando pretenden ocultar que si el Ejército español se «alzó» contra la República, ahora hace medio siglo, no era posible negociación alguna, pues la revolución estaba ya decidida y en marcha. Sabemos, incluso, que cuando, casi en el último momento, se ofreció una posibilidad de apaciguamiento, los responsables del poder constituido rechazaron la oferta, sin duda porque estaban ya implicados en la revolución. Así, podemos decir, sin falsear la realidad histórica, que nuestra guerra era inevitable, y que no hizo más que adelantarse a una revolución inminente, y que, desde luego, hubiera sido mucho más sangrienta que lo fue la guerra, pues tenemos buenas pruebas de cómo hubiera sido en toda España, por lo que realmente fue en buena parte del territorio dominado por la revolución.

Pero lo que desde hace tiempo he venido repitiendo es que, quizá por desgracia, nuestra guerra fue sólo una «Cruzada», y no una verdadera guerra civil.

## **Configuración histórica de las naciones**

Todas las naciones han necesitado, para su configuración histórica, el sacrificio de una guerra civil. ¿Qué sería de los Estados Unidos sin su Guerra de Secesión, de la que nunca abominaron? ¿Qué

sería de Rusia sin la guerra soviética, de Francia sin su guerra contra el antiguo régimen, de Italia sin su guerra de unidad? ¿Y España? También España tuvo su guerra civil configuradora de su nacionalidad, pero hacía muchos siglos: la Reconquista. A ella debió su unidad y su destino histórico, y fue realmente una guerra civil, porque aquellos desgraciados moros que resultaron vencidos no eran menos españoles que los cristianos que los vencieron. Se impuso entonces, de cara a la Historia, una España políticamente católica. Quizás alguno, en los tiempos que corremos, podrá criticar esta configuración como menos perfecta, pero el hecho es que así quedó configurado el destino de España, y que toda imaginable retractación había de ser, y también hoy, una claudicación de la propia identidad nacional. España no podía ser de otra manera sin dejar de ser España, y convertirse, quizás, en «este país».

Aquella larga guerra civil había servido, pues, para configurar a España, y la nueva guerra del 36 parecía que tenía que haber sido como un nuevo sacrificio confirmador de aquella antigua decisión histórica, en un grave momento en el que, tras el dominio de ideologías absolutistas o liberales, que nos introdujeron el vano empeño de hacer «Estado», extrañas siempre a la tradición popular, en parte quizá por el suceso adverso de la Guerra de Sucesión y otras calamidades nacionales, y, en definitiva, por el mimetismo europeizante, España se iba a sumergir en la revolución aniquiladora de su identidad nacional. Pero no fue así: no fue la nuestra una verdadera guerra civil, sino sólo una Cruzada, que tenía de la antigua Reconquista el anhelo de unidad religiosa y nacional, pero que, dado el conflicto interno de las concepciones políticas en juego y la táctica típicamente militar con que todas ellas fueron sucesivamente neutralizadas, no llegó a ser la verdadera guerra civil que el momento hubiera requerido para que se hubiera podido actualizar una configuración política sin fisuras ni ambigüedades; quedó en una guerra de religión, una Cruzada políticamente amorfa y del todo insuficiente para imponer, de manera indiscutible, una forma de ser y de existir en el mundo. Algunas fuerzas políticas que colaboraron en esa Cruzada sí tenían una idea clara del destino que pretendían dar a España, pero, como digo, quedaron totalmente neutralizadas, y, por eso mismo, tampoco

surgió una clase política que pudiera hacerse cargo del futuro rumbo nacional.

Hay que reconocer, para no ser incompletos en nuestro juicio, que la situación mundial después del 45, con el dominio de todo el orbe por una sinarquía económica, compatible, por lo demás, con aparentes disensiones estratégicas entre las grandes potencias vencedoras en aquella fecha, no hubiera permitido que España se configurara a sí misma en contra de los príncipes de este mundo. Aquella nuestra Cruzada quedó adornada, sí, con muchos símbolos de apariencia tradicional, pero que no correspondían a la realidad; se hablaba mucho de «imperio», por ejemplo, cuando ese término era absolutamente nostálgico e irreal, casi ridículo. Por eso fue tan fácil desmontar todo el artificio simbólico cuando decayó el «catechon» que contenía, y de manera increíble, la irrupción revolucionaria que se cernía sobre España. Y el vencido acabó por convertirse en vencedor, sin nueva guerra, por el apoyo del vencedor de la contienda mundial. Los españoles, casi sin enterarse, vieron canjeada su victoria de la Cruzada nacional por la de una guerra mundial en la que vencieron los que eran, en el fondo, sus enemigos exteriores, y de la que ella había conseguido mantenerse apartada.

Y este es el punto de la historia de España en el que ahora estamos: una España no ya «invertibrada», sino «desmedulada» y ortopédicamente mantenida por el aparato financiero de los que no ven en ella más que un apreciable rebaño de mudos consumidores. Una lastimosa situación de la que resultará difícil salir si no es por la emergencia, en una coyuntura mundial menos desfavorable, de una imprevisible, pero no por ello menos necesaria, verdadera guerra civil de redención nacional. Porque sí, sí, ya lo sabemos, la paz es mejor que la guerra, es así, pero... el pacifismo es peor que la guerra, como la mudez es peor que el improprio.

ÁLVARO D'ORS